

PROBLEMAS Y CUESTIONES METODOLÓGICAS EN LA IDENTIFICACIÓN DE LOS COMPUESTOS DE TIPO ONOMÁSTICO DE LA LENGUA ÍBERA.

Jesús Rodríguez Ramos

1. INTRODUCCIÓN.

El objetivo de este artículo es servir de complemento argumentativo y explicativo a mi "Índice crítico de formantes de compuesto de tipo onomástico de la lengua íbera", tratando su base metodológica y reflexionando sobre los problemas que plantea en la actualidad. Asimismo se aborda la cuestión de la variabilidad que puede tener un formante: cuándo ésta puede explicarse como un único formante, cuándo no y cuándo hay que optar por una solución pragmática. Sea ésta, pues, una reflexión sobre los problemas metodológicos que se plantean a este tipo de estudio siguiendo las bases establecidas por Untermann, auténtico instaurador de la disciplina. Pero también una exposición de las justificaciones y límites de las decisiones tomadas en la clasificación, tanto en sentido autocrítico, como crítico respecto a los "formantes" y "onomásticos" cuya existencia no he admitido. Por desgracia, a estas cuestiones lógicas ha habido que añadir también algunas puntualizaciones lo suficientemente claras sobre algunas críticas "sui generis" que, absteniéndose cuidadosamente de mencionar o comentar mis propuestas o métodos, dictaminan lo que supuestamente he "ocultado".

Creo expresar algo más que una opinión al considerar que una

PROBLEMAS Y CUESTIONES METODOLÓGICAS EN LA IDENTIFICACIÓN DE LOS COMPUESTOS DE TIPO ONOMÁSTICO DE LA LENGUA ÍBERA.

Jesús Rodríguez Ramos

1. INTRODUCCIÓN.

El objetivo de este artículo es servir de complemento argumentativo y explicativo a mi "Índice crítico de formantes de compuesto de tipo onomástico de la lengua íbera", tratando su base metodológica y reflexionando sobre los problemas que plantea en la actualidad. Asimismo se aborda la cuestión de la variabilidad que puede tener un formante: cuándo ésta puede explicarse como un único formante, cuándo no y cuándo hay que optar por una solución pragmática. Sea ésta, pues, una reflexión sobre los problemas metodológicos que se plantean a este tipo de estudio siguiendo las bases establecidas por Untermann, auténtico instaurador de la disciplina. Pero también una exposición de las justificaciones y límites de las decisiones tomadas en la clasificación, tanto en sentido autocrítico, como crítico respecto a los "formantes" y "onomásticos" cuya existencia no he admitido. Por desgracia, a estas cuestiones lógicas ha habido que añadir también algunas puntualizaciones lo suficientemente claras sobre algunas críticas "sui generis" que, absteniéndose cuidadosamente de mencionar o comentar mis propuestas o métodos, dictaminan lo que supuestamente he "ocultado".

Creo expresar algo más que una opinión al considerar que una

PROBLEMAS Y CUESTIONES METODOLÓGICAS EN LA IDENTIFICACIÓN DE LOS COMPUESTOS DE TIPO ONOMÁSTICO DE LA LENGUA ÍBERA.

Jesús Rodríguez Ramos

1. INTRODUCCIÓN.

El objetivo de este artículo es servir de complemento argumentativo y explicativo a mi "Índice crítico de formantes de compuesto de tipo onomástico de la lengua íbera", tratando su base metodológica y reflexionando sobre los problemas que plantea en la actualidad. Asimismo se aborda la cuestión de la variabilidad que puede tener un formante: cuándo ésta puede explicarse como un único formante, cuándo no y cuándo hay que optar por una solución pragmática. Sea ésta, pues, una reflexión sobre los problemas metodológicos que se plantean a este tipo de estudio siguiendo las bases establecidas por Untermann, auténtico instaurador de la disciplina. Pero también una exposición de las justificaciones y límites de las decisiones tomadas en la clasificación, tanto en sentido autocrítico, como crítico respecto a los "formantes" y "onomásticos" cuya existencia no he admitido. Por desgracia, a estas cuestiones lógicas ha habido que añadir también algunas puntualizaciones lo suficientemente claras sobre algunas críticas "sui generis" que, absteniéndose cuidadosamente de mencionar o comentar mis propuestas o métodos, dictaminan lo que supuestamente he "ocultado".

Creo expresar algo más que una opinión al considerar que una

PROBLEMAS Y CUESTIONES METODOLÓGICAS EN LA IDENTIFICACIÓN DE LOS COMPUESTOS DE TIPO ONOMÁSTICO DE LA LENGUA ÍBERA.

Jesús Rodríguez Ramos

1. INTRODUCCIÓN.

El objetivo de este artículo es servir de complemento argumentativo y explicativo a mi "Índice crítico de formantes de compuesto de tipo onomástico de la lengua íbera", tratando su base metodológica y reflexionando sobre los problemas que plantea en la actualidad. Asimismo se aborda la cuestión de la variabilidad que puede tener un formante: cuándo ésta puede explicarse como un único formante, cuándo no y cuándo hay que optar por una solución pragmática. Sea ésta, pues, una reflexión sobre los problemas metodológicos que se plantean a este tipo de estudio siguiendo las bases establecidas por Untermann, auténtico instaurador de la disciplina. Pero también una exposición de las justificaciones y límites de las decisiones tomadas en la clasificación, tanto en sentido autocrítico, como crítico respecto a los "formantes" y "onomásticos" cuya existencia no he admitido. Por desgracia, a estas cuestiones lógicas ha habido que añadir también algunas puntualizaciones lo suficientemente claras sobre algunas críticas "sui generis" que, absteniéndose cuidadosamente de mencionar o comentar mis propuestas o métodos, dictaminan lo que supuestamente he "ocultado".

Creo expresar algo más que una opinión al considerar que una

afirmación vale lo mismo que su argumentación y, por ello, considero preciso explicitar las bases de mis conclusiones, así como elaborar procedimientos de demostración y de refutación. Lo que se afirma tomando como base el presentar como ciertas lecturas falsas o especulativas y segmentaciones subjetivas o forzadas ‘ad hoc’, o simplemente sin presentar argumentación alguna, puede ser o no cierto (ello resulta aleatorio), pero no es ciencia, sino paraciencia. Por ello, hay que rechazar aquellos onomásticos que se proponen sólo porque no es imposible que lo sean (a veces sólo por ser tetrasilábicos), y aquellos basados en los formantes supuestamente descubiertos en los anteriores.

En esto hay que recordar dos principios científicos elementales. El primero es no contaminar la información mediante el añadido de datos falsos o dudosos. Cuanto más innovador es el nuevo dato respecto a lo conocido, es decir, cuanto mayor sea el impacto que tenga sobre las conclusiones, más garantías de fiabilidad ha de tener. El segundo es que se ha de optar por la explicación más sencilla, el criterio de la navaja de Occam. Lo que se puede explicar con diez formantes no es preciso explicarlo con veinte, no tiene sentido añadir un formante nuevo para explicar algo que se explica con los ya conocidos. Es decir, no se trata de ver cuál es el máximo número de formantes imaginables que puedan forzarse dentro de los datos disponibles.

De la severidad y los matices con que hay que aplicar estos principios pueden dar una idea los siguientes ejemplos sobre los supuestos formantes *be $\text{\textcircled{a}}$ e *i TM catalogados por Faria. El primero es difícil. Sólo tiene un caso “claro” saka TM be $\text{\textcircled{a}}$ que puede interpretarse dentro de la variabilidad admisible para el conocido ba $\text{\textcircled{a}}$, mientras que otros posibles casos coinciden con una i previa y son todos interpretables como ibe $\text{\textcircled{a}}$. Si en el futuro aparecieran más casos de be $\text{\textcircled{a}}$ podrá plantearse si se le sigue considerando variante de ba $\text{\textcircled{a}}$ o uno independiente, pero en la actualidad el testimonio es exiguo. En el segundo podemos ver que todos los casos aducidos por Faria (2001, 99): be TM -i TM , co-be $\text{\textcircled{a}}$ -i TM , cares-i TM , cule $\text{\textcircled{a}}$ -i TM y leis-i TM misteriosamente van precedidos por sibilante y se explican mediante el formante sir y sus variantes con la bien documentada simplificación de dos sibilan-

tes seguidas (corrigiendo la transcripción heterodoxa de r): beTM-ñir, kares-(s)ir, kuleñ-(s)ir, leis-(s)ir (el carácter antropónimo de kobeñir no es claro, pero también tiene sibilante).

Otra cuestión que cabe recordar es que cuanto más breve es un segmento, más posibilidades hay de que dé falsos positivos, es decir, de que se encuentre el segmento por casualidad allí donde realmente no está. Ello atañe especialmente a los formantes monosilábicos, en los cuales hay que extremar la precisión del análisis, la segmentación y los motivos por los que se le considera un compuesto onomástico. Un caso paradigmático de esto es *ban*, para el que hay unanimidad en que corresponde a diversas palabras y que tiene un uso tanto onomástico como no onomástico¹.

Una nota final, pero importante, radica en una diferencia de objetivos entre el listado de antropónimos de Untermann (1990,1: 207-238) y mi índice, que no se limita sólo a compuestos que semánticamente sean antropónimos, sino que se centra en el estudio de dicha categoría morfológica y, por tanto, incluye compuestos de dicha categoría sin discriminar si no son seguros antropónimos. Como veremos, una limitación (provisional) para tal estudio me la plantean los topónimos. En todo caso, debe enfatizarse la importancia de enfocar estos problemas según conceptos lingüísticos: no es lo mismo un formante que un sufijo temático que un sufijo de declinación que una aposición que un infijo que un preverbio, etc. La ignorancia, el poco rigor (e incluso el desprecio) en temas lingüísticos, el “todo vale”, es una de las mayores y más extendidas desgracias que afecta al estudio de la epigrafía ibérica.

2. LA ESTRUCTURA DE LOS ANTROPÓNIMOS: ESTADO DE LA CUESTIÓN

La estructura de los antropónimos identificados suele ser la de compuestos bimembres con dos formantes mono o bisilábicos. En

¹ Dos ejemplos: en *an-bels* es admisible la identificación por encontrarse usado como marca de propiedad, texto único de una cerámica de lujo; en *banñor* puede serlo en tanto que bien segmentado y ante una serie de antropónimos, pero no está en medio de ellos, por lo que he preferido no admitirlo.

pocos casos se documentan antropónimos formados por uno sólo de los formantes, es decir unimembres o simples. En alguna ocasión algún segmento ha dado la impresión de ser un compuesto trimembre, en el sentido de estar compuesto por tres formantes conocidos, pero esto no se ha demostrado, como discutiremos infra.

Para algún bímembre Untermann ha propuesto que el segundo formante no sea equivalente, sino un sufijo formativo, proponiendo formantes monosilábicos con la estructura -CV. Con todo, la definición de éstos como sufijos y no como formantes no puede establecerse en la actualidad y, provisionalmente, yo prefiero considerarlos formantes de pleno derecho, cosa que parece confirmarse para el "sufijo" más frecuente -ko, al documentarse también en posición inicial (kon- y ko-). En cambio, sí he propuesto la existencia de un sufijo -i que he documentado en unas pocas ocasiones y cuya breve estructura sí me lleva a considerarlo sufijo, probablemente usado para la creación de onomásticos unimembres. Como veremos infra, los sufijos vocálicos son más frecuentes en la construcción de topónimos, como también los propuestos por Untermann.

Asimismo Untermann ha identificado la existencia de dos infijos que se ubican entre el primer y el segundo formante, estos son -i- y -ke-. Recientemente (Rodríguez Ramos 2001: 9 y 16s) he propuesto la existencia de un tercer infijo -bo- así como he extrapolado la propuesta de Untermann planteando la posibilidad de un uso simultáneo de -i- y de -ke- presentando seis posibles casos, ninguno de los cuales es de análisis seguro, propuesta que consideraba basada en algún artículo de Untermann, aunque al parecer es mía.

Hago esta aclaración en tanto que Faria (2002: 130) al hablar de doce supuestos casos de uso del formante -ike- hace una referencia a mis seis propuestas de posibles ejemplos de infijo -ike-, diciendo "Convém frisar que, independentemente do valor morfológico atribuível a -iCe-, as segmentações acima apresentadas são todas da nossa autoria, facto omitido por Rodríguez Ramos (2001, p. 17)". Curiosa "reclamación", dado que ni yo apruebo sus doce análisis, pese a lo que insinúa, ni Faria cree en los infijos de los cinco ejemplos en que hay coincidencia formal. De uno de dichos cinco casos

significativamente Faria no se cita y silencia que hace años que había rechazado la segmentación aid(u)-iC(e)-arbir postulando aiun-icar-bir (Faria 1997: 106 y 2000: 122)², sin explicar el porqué de este repentino cambio de opinión³. Pero todavía hay más: ni uno de los formantes analizados en los ejemplos, siguiendo los cuales se han realizado las segmentaciones, ha sido descubierto por Faria⁴. Como quiera que mi sugerencia es que puedan ser casos de uso simultáneo de ambos “in-fijos”, mi “pecado” radicaría en no haber segmentado el doble “infiijo” como -i-ke- con lo que ya no habría ni coincidencia aparente.

A partir de un análisis estadístico de los inicios y timbres vocálicos de los formantes puestos en relación con su combinatoria (es decir, si se usan sólo en primera posición, sólo en segunda o indistintamente, o en relaciones más complejas) he demostrado que se verifican irregularidades estadísticas que han de tener una explicación en la morfología de la lengua íbera (Rodríguez Ramos 2000b). Los

² Faria (1999: 153) duda incluso de la existencia del formante a™bi. Además tiene lecturas alternativas como aiuniTulBir (1990-91: 76), en un artículo sobre escritura íbera meridional (fechado en junio del 91) en el que, ante lo que me critica, vale la pena recordar que omite reseñar las lecturas ajenas de las que deriva “su” sistema y “descubre” 5 nuevos valores de los que sólo S-16 no era ya conocido, pues incluso ba, había sido publicado en MLH III (1990) y difundido en las conferencias de Untermann al menos en marzo de 1990. Su lectura de S-16 como be no ha sido aceptada por nadie y, de hecho, sus posteriores trabajos en onomástica contradicen la argumentación que entonces presentaba Faria, lo que no parece haber notado.

³ Si esta oportunista “recuperación” se debe a mi artículo, puede irse rechazando, pues mi reciente revisión de la inscripción me hace proponer la lectura aiunikaltu™ (Rodríguez Ramos 2002b).

⁴ Ello incluye al formante ike y desde luego al infijo -ike- pero también al formante aitu puesto que las expresas afirmaciones al respecto efectuadas por Faria (2002: 122) alegando que Untermann no reconoce la existencia de aitu “mas apenas a de aiti” (2000a: 125) son más que dudosas. Si bien Untermann (Untermann 1990,1: 209) indexa las formas bajo la entrada aiti las formas que propone son, además de aitikelton: aitulki, aitur y, con dudas, aitubas. Sobre este último dice Untermann “Vgl. Auch Anm. 130.1 Ferner auf Münzen aus Sagunt (A.33-14, -15), wenn dort aitubas (statt aiubas; s. 6.27 und Anm. 6.1) zu lesen ist” idea que Faria redescubre: “e, tal vez, en aidu-bas (CNH 308.31-32) (Faria, 1991b, p. 189, 1992a, p. 192), se a transliteração deste NP não for aiu(n)-bas.” (Faria 2000, 125). Obsérvese que Faria 1991b es la reseña a Untermann 1990 y que el signo en cuestión es claramente u, no la forma de u que se asemeja a tu.

⁵ Pero es una triste tergiversación decir “Bastaría este NP para refutar a ideia de

resultados parecen indicar que, al menos en una fase previa proto-íbera, la lengua íbera hacía uso de prefijación para construir distintas clases de palabras. La irregularidad más destacable atañe a los formantes que se encuentran sólo en segunda posición (Rodríguez Ramos 2001), sólo admiten inicio en oclusiva b-, t- y k-. Mi base de datos indicaba también en esta categoría sir, pero mi formulación se vuelve totalmente coherente, dado que Faria (2002: 130) me recuerda un monetiforme sirbaiser (Casariego et alii 1987: 148s, lám. 39) que no había documentado en que se encuentra en primera posición⁵. La desviación estadística me llevó a plantear la existencia de unos "preformantes" que se utilizaban, sea por la propia morfología de los compuestos o para habilitar al segundo formante para una función exclusiva. En esto identificaba ti- que seguramente podía ser ampliable a un t- más vocal epentética (?) y planteaba como verosímil que lo mismo se aplicase a be-⁶. Sin embargo, como quiera que no hay criterios claros para decidir cuándo realmente se usa el preformante y cuando no, he seguido analizándolos como formantes autónomos en mis estadísticas.

3. LA CUESTIÓN DE LOS TRIMEMBRES

Hace tiempo que se ha observado la posibilidad de que, además de los poco frecuentes onomásticos unimembres y de los habituales bimembres⁷, pudieran existir trimembres. Sin embargo, yo no he

Rodríguez Ramos (2000 [2001], p. 261, 263, 264), segundo a qual si™ nunca figura em posição inicial", puesto que: a) no es una idea lo que se limita a citar los datos disponibles y b) Faria "olvida" que lo que sí era mi idea era precisamente que el que sir fuese exclusivo de primera posición disonaba de dos regularidades: el conjunto B era sólo de inicio en oclusiva y que los inicios en s fuesen exclusivos del conjunto AB, por lo que sugerí explícitamente "no deja de ser posible que en el futuro aparezca sir en posición inicial" (2000, 264).

⁶ Sin citar nada sobre mi propuesta o mi método, Faria (2002: 130) dice: "A teoria exposta por Rodriguez Ramos"... "de um "prefixo" ti- ja havia sido formulada anteriormente (Pérez Orozco 1993a, p. 62). O mesmo se diga, aliás, a respeito do "prefixo" be-, por nós identificado há alguns anos (Faria, 1994a, p. 69) num texto que Rodríguez Ramos (2001, p. 7, 16, 18) não citou". Aunque es obvio que mi propuesta de los preformantes se deriva de los resultados del método de análisis estadístico que he desarrollado, he procedido a

encontrado ningún caso claro de trimembre. Es cierto que es difícil demostrarlo, pues las segmentaciones íberas son poco fiables y son pocos contextos en que puede excluirse la posibilidad de que se trate de un bimembre junto a un unimembre. Sin embargo, hay unas cuantas consideraciones que nos indican que los trimembres o no existen o eran muy poco frecuentes.

La principal se basa en los antropónimos seguros y segmentables: los documentados en inscripciones no íberas (celtíberas, griegas y sobre todo latinas) y los que aparecen en marcas de propiedad breves y bien delimitadas. Pues bien, aunque el número de estos antropónimos es bastante grande en ellos no encontramos ningún trimembre, sino casi siempre bimembres y ocasionalmente algún unimembre. La extrapolación de estos datos nos indica dos cosas: 1) que, de existir, los trimembres serían rarísimos y 2) que el porcentaje de casos en que parece encontrarse un bimembre junto a un unimembre encaja bien con el índice de aparición esperable de unimembres. Esto nos indica que todas esas metodologías que “encuentran” antropónimos trimembres por doquier son altamente improbables⁸.

Pero desde un punto de vista meramente lingüístico también es

examinar ambos textos, que no conocía. La primera observación es correcta: hay similitud entre parte de lo que propone Pérez Orozco y mi identificación de un preformante t- / ti- (me ha llamado la atención que también le recuerden los compuestos tipo ‘euridakar’ del vasco). Pero la argumentación que presenta es rechazable (de los solo 7 ejemplos que da sólo dos están bien analizados), lo que junto a numerosos errores (en los MLH que usa de referencia sí se documentan tikir y bikir en posición inicial, incompatible con sus propuestas), datos forzados y la habitualidad con que impone valores vascos a íberos, me lleva a concluir que su punto de partida son precisamente los ‘euridakar’. Sin embargo, lo del prefijo be- es discutible: una observación de pasada sobre siete presuntas alternancias de las que dos son falsas y dos redundantes (sólo quedan 3), sin indicar nunca que se considere un prefijo ni de posición exclusiva; tan poco convincente que no es de extrañar que el propio Faria no se haya vuelto a acordar en sus posteriores artículos (hasta ahora).

⁷ Entiéndase que se trata de dos miembros equivalentes, la existencia de un “infijo” no varía el carácter de unimembre.

⁸ Faria 2000: 122s presenta 17 casos de supuestos trimembres como respuesta a las dudas sobre su existencia entre los que encontramos la típica mezcla de términos cuya interpretación como onomástico es más que discutible (como abel-Cir-dican), de

poco probable la presencia de antropónimos trimembres, al menos en número significativo. En las lenguas del mundo la composición suele ser bimembre, dejando a menudo los trimembres para textos artificiosos poéticos (como el sánscrito que pese a ello a menudo simplifica los trimembres en bimembres dejando palabras difíciles de entender literalmente⁹). Diferente cuestión es cuando se incluyen elementos morfológicos dentro del compuesto, como pueden ser afijos de plural, de derivación o de caso (entre otras posibilidades), puesto que el afijo no es propiamente un miembro del compuesto, de la misma manera que un lexema con afijos no es un compuesto. Este sería el caso de los preverbios en la onomástica gala, como ‘are’ o ‘ver’ (así del normal ‘cingetorix’ “jefe de la infantería” “comandante” a ‘ver-cingetorix’ “comandante supremo”), pero, aparte de no ser frecuentes, estos componentes deben tener una combinatoria especial. De igual manera un unimembre con sufijo no será un compuesto.

Por otra parte, Faria considera que tanto el posible doble infijo -ike- (con seis casos probables pero ninguno seguro en tanto que podrían interpretarse como meros casos de -ke-) como el infijo -bo- son formantes onomásticos de pleno derecho. La principal objeción al respecto es, naturalmente, que al estar documentada la existencia de infijos pero no la de trimembres ha de optarse por la hipótesis más sencilla, especialmente cuando los documentados son -i- y -ke-¹⁰.

De acuerdo con mi índice hay doce segmentos que podrían interpretarse como trimembres. De éstos, 3 son fácilmente interpretables como dos nombres basibalkar mba™ y bilos leistike™ (apoyados porque balkar y tike™ sólo se documentan en segunda posición) y olortikirs be™ian. Dos más son asimilables: en bankebe™eimba™ o bien ban-ke puede perfectamente ser un no onomástico o tener dos

improbable ibericidad (como THVRSCANDO), lecturas dudosas (atinbobe™ parece ser atinbo™) o explicables por otros medios (biur-tilaur, bilos leis-tiger).

⁹ En castellano moderno tenemos algún caso paralelo: así “homofobia” no significa lo que literalmente es (“aversión a lo igual”) sino *“homo-sexual-fobia”.

¹⁰ Por otra parte de los ejemplos aducidos por Faria (2002: 127) sólo biu™bo merece atención, pues arkibo es mala lectura (invertida) del conocido bokiar y es absurdo considerar bo™toloikebobam como un único onomástico (tenemos un nombre bo™tolo(i)

nombres bankebeTMei y mbaTM; mientras que en kaisuraTMbitan también cabe dicha posibilidad. Más interesante es el hecho de los inicios repetidos en los restantes siete casos: dos en is- (is-betaTMtikeTM e is-¶aletar); dos en o- (o-tikiTMtekeTM y o-¶ortaTMban) y tres en an- (anbelsibens, anbo¶iltun y anaio¶lar). La combinatoria de is- en segmentos no onomásticos es amplia y, de forma parecida a lo que hace Untermann en su paradigma "pronominal" (1990,1: 181) lo considero un deíctico. Algo similar puede ser o- pues su excesiva brevedad y no encontrarse como formante onomástico subrayan su excepcionalidad. Más digno de estudio es el caso de an-, pero a espera de lo que digan los futuros hallazgos, tampoco pueden descartarse otras alternativas. En anbelsibems la identificación de ibe¶ es incierta y, como hace Untermann, puede considerarse simplemente un onomástico anbels. En anaio¶lar caben problemas y alternativas. En principio sólo yo defiendiendo que se trate de un nombre íbero, a raíz de un estudio en que pongo en duda la existencia de un doble sufijo -ar-en comúnmente admitida, así como mostrando lo irregular de anaio¶ como nombre galo (Rodríguez Ramos en prensa 3). Pero tampoco es claro entender aio¶lar como aiun-¶lar. Su valoración es, pues, difícil. Frente a esto, el caso de anbo¶iltun queda con poca fuerza probatoria y bastaría con descubrir un formante anbo¶- (Faria lo postula) para que desapareciera¹¹. En todo caso, la posible posición de an- ante antropónimos, sea como deíctico o similar, o sea como preverbo de una especie de trimembre será uno de los aspectos que haya que tener en cuenta en el futuro. Aun así, en la actualidad no considero que haya ni un solo trimembre demostrado.

4. LA VARIABILIDAD DE LOS FORMANTES

Dentro de cada formante se observa una variabilidad, especialmente en posición final. Así, hace tiempo fue reconocida la alternancia

más tal vez el sufijo -ke o el segmento kebo y el conocido ban habitual en marcas de propiedad.

¹¹ De existir, anbo¶ podría tal vez explicar el nombre del ausetano Amusicus (¿anbo¶-ike?).

¹² Si obviásemos las faltas de ortografía, diferencias ortográficas locales y dialectales el número de onomásticos documentados en la epigrafía griega crecería exponen-

iltun, iltur, iltu, sobre todo por coincidir con un modelo idéntico de alternancia en formantes de compuestos vascos. No siempre es fácil asegurar que dos variantes correspondan a un mismo formante o a distintos que sean parecidos, pero la repetición de idénticos patrones de alternancia en múltiples formantes, así como la justificación por criterios de contexto fonéticas, son criterios válidos para justificar la identidad. Un ejemplo extremo de variabilidad lo tenemos en el formante iske™ donde de no admitir la variabilidad tendríamos de 9 a 15 formantes (eŋke™, eŋker, iske, iske™, iŋka™, -skar, -ŋkar, skel, -ske™, ESCER, ESCR, ISCAR, ISCER, ISCERR, SCER) en vez de uno. El admitir la existencia de variantes de un mismo formante no es sólo un procedimiento lógico, sino que se ajusta a la realidad lingüística (piénsese simplemente en la -s de plural en castellano o en las alternancias dialectales); como resulta evidente para cualquiera que haya trabajado con textos e inscripciones¹². Por ello es incomprensible el rechazo expreso que hace de este criterio Faria (1998: 269) e incorrecta su práctica de admitir formantes nuevos que apenas se diferencian de otros que le lleva a postular un número hiperbólico de formantes “distintos”¹³.

Muchas de las alternancias hallan su correlato en otros términos del léxico ibérico y han sido convenientemente estudiadas por Quintanilla (1998), aunque aquí sigo mis propios análisis. Otras parecen meras faltas de ortografía, como resulta evidente en las formas ekia™ y iunsti™ frente a las frecuentes ekiar y iunstir. Entre las alternancias vocálicas la tendencia es a la confusión de las vocales contiguas con excepción de a/o: i/e, e/a y o/u. Menos claras y tal vez indicando algún timbre vocálico modificado son las alternancias “gráficas” de ei con e y con i. En ambos casos parece originaria la forma sin “diptongar”¹⁴:

a/e

7 casos:

cialmente.

¹³ Coadyuvada por su análisis “atomista” tal inflación le lleva a desaprobaciones categóricas tan reiterativas como inexactas. Así, Faria (2002, 126, 134 y 133): “trata-se de um dos numerosíssimos segmentos onomásticos que Rodríguez Ramos (2000 [2001], p. 261) ignora”; “totalmente ignorado por Rodríguez Ramos...” “por triste coincidência, também o

a TM s-/ars-	e TM s-
ba [¶]	-be [¶] (1)
bakon- (1)	bekon-
-balau TM (1)	-belau TM
-batin (1)	-betin
-i [¶] ka TM	-iske TM /e [¶] ke TM
karkan-	-karken
e/i	9 casos
aibe	-aibi
aker-	akir- /aki-
a TM ki / -a TM kis	a TM ke- /-a TM ker
beki- (?)	biki-/bikir/-bikis
-betu (1)	bitu (2)
inte- (1)	inti- (2)
e [¶] ke TM /e [¶] ker	iske TM iske-
-eu TM (1)	-iu TM /-iun
seki (1) sike	

segmento iaTM não pertence ao elenco de elementos nominais recentemente elaborado por Rodríguez Ramos; "Rodríguez Ramos"... "à semelhança de Velaza (1996, p. 37-38), só conhece cerca de 140 dos mais de 350 componentes onomásticos até hoje identificados (Faria, 1998c, p. 269)". Correcciones: a) no ignoro, los considero variantes o no demostrados o alguno de los numerosísimos formantes inventados por Faria; b) la cita de Velaza corresponde a un listado que Velaza dice expresamente tomar del de Untermann, por lo que no procede; c) la referencia a los 350 formantes es un listado con sólo 240 (entre ellos 6 iskeTM); y d) tras el hasta hoy identificados falta añadir "por Faria".

¹⁴ Un número tras el ejemplo indica sus testimonios cuando es minoritario frente a un uso bien documentado de las otras formas o que toda la documentación es minoritaria. Un interrogante cuando el ejemplo pudiera ser discutido o revisado. Un guión indica si se documenta con uso exclusivo como primer o como último formante de compuesto. Entre letras un guión indica un límite interno del compuesto (entre primer y segundo elemento o con el infijo) y un + señala un límite externo, con "desinencia" o de palabra.

¹⁵ Para este caso puede plantearse un fenómeno dialectal pues admite paralelo con algunos topónimos geográficamente agrupados listados por Quintanilla (1998: 52 y 58).

¹⁶ Este último caso documentado dos veces en uniskel y el aparente error unskel.

¹⁷ Respecto a "diagrapso", variante local de un sistema de escritura.

¹⁸ El segmento ALBE- de la Turma Salluitana lo explico como variante de aTMbi, pero no es totalmente descartable que sea variante de NALBE- (así Quintanilla 1998: 198).

¹⁹ Esto puede ser un indicio a favor de la propuesta de identificar en el plomo de

o/u		9 casos
alo TM - /alos- /alo-		alu TM -
bo TM		-bu TM (en Francia)
kato		katu-
ko TM o /kolo /koro		ku TM u
lako / -lakoŋ		-laku
nios		-nius
sor / ŋor / ŋo TM sur / ŋur / ŋu TM		
talsko-		-talsku
o TM ke-		u TM ke- /u TM ka- /u TM ka TM -
e/ei		3 casos
ibeŋ / ibes		ibeis / ibei-
leŋ		leis-
seki (1)	-seiki (?)	lo normal es sike-
ei/i		5 casos
a TM bei- (!?)		a TM bi-
eike		ike / -iker
-seiki (?)		sike
-teibas (1)		-tibaŋ /-tiba+ (1)
tueit-i (1)		tuitu(i)-

Es problemático el testimonio de la alternancia entre sendas vocales cerradas (tres posibles casos de i/u puesto que los pares (aitu / ait-i y tuitu(i)- / tueiti-) admiten explicación alternativa suponiendo la presencia del infijo i, mientras que la tríada intu / inti / inte es poco conspicua. Mientras que quedan aisladas las alternancias ai/e (ŋalai- /ŋale- único) y o/e (sosin / sesin único)¹⁵. En otros casos parece observarse una alternancia con cero. Posibles caídas vocálicas, posiblemente por posición átona las encontramos en beleŋ / bels y iskeTM / skeTM skel¹⁶. Por el contrario, podría haber una i añadida en la alternancia de beTM / beTMi, caso a cotejar con baŋ / basi donde la i parece interpretable como infijal o con kani que tiene un posible caso en kan (el problemático kankunai).

Finalmente, una alternancia gráfica con posible diversidad de soluciones diagraptales¹⁷ son las formas na / nm / m que se documentan en nalbe (?) / NALBE / nmlbe / mlbe¹⁸. Esta alternancia podría permitir considerar uno sólo los siguientes formantes: naba™ (?) / mba™ / aba™; aunque no está claro. Por otra parte en casos aislados se encuentra usado m de otro modo: etemilti™, selkimiltun y lakunmilti™. La explicación más sencilla es que se trata de uno de sus contextos favoritos, indicando la nasalización progresiva de una vocal entre nasal y lateral implosiva (Rodríguez Ramos 2000a: 29) y que equivaldrían a *eten-ilti™, *selkin-ilti™ y *lakun-ilti™; sin embargo, esto no es más que una explicación provisional.

Un tipo especial de alternancia parece existir en una serie de formantes que añaden una -r final cuando son segundo formante, consonante que no muestran nunca en posición primera, a menudo es la única variante final que utilizan. Podemos llamarla clase -balkar y, en principio considero que los casos con ™ son asimilables o meras alternancias gráficas. Los casos más claros son aquellos en que cambia el timbre vocálico (balke- / -balkar y talsko / talskar), pero otros siete casos presentan una combinatoria similar según la documentación disponible.

Posibles formantes de la “clase balkar”

V-	-Vr	otras formas
a™ke- a™ki	-a™ker	-a™kis
ata-/atan-	-ata™	

Sierra de Gádor un tikiñ hecha por Untermann (1990,1: 145), hipótesis que yo no comparto.

²⁰ Esto parece congruente con mi propuesta de que el signo r más que una r uvular sería cacuminal (Rodríguez Ramos en prensa 1).

²¹ Untermann explica así CERDU / kerta™ (1990,1: 201).

²² Ésta última en el plomo de Palamós que, como bien observa Untermann presenta algunas caídas de consonantes finales poco frecuentes o inusitadas.

²³ Ambas pueden interpretarse también con el infijo -ke- con alternancia u/i, en vez de -ike-. Untermann analiza aquí un formante keltun. Esto sería probable si se relaciona-

baise-	-baiser		
bala- (1)	-bala TM (2)		
balke-/balka-	-balkar	balkes (?)	ba TM ka (?)
biki-	-bikir	bikis	
ike / eike	-iker		
talsko-	-talskar	-talsku	
tolo / to TM o-	-tolor (1)		

Esta clase puede corresponder a un comportamiento limitado por la semántica de otro más amplio morfológicamente posible o ser en realidad pertenecientes a clases más amplias que en primera posición no se limitan al final vocálico. Las clases candidatas son las que muestran una alternancia V/n/r y V/ś/r que, provisionalmente, siguiendo el ejemplo de los gramáticos indios propongo llamar respectivamente clase 'enara' y 'esara'. Entre estas dos clases parece darse una oposición entre las con s y las con n.

Los casos de alternancia 'enara' o "con n" serían los siguientes:

-V	-Vr	-Vn	otros
ete-	eter-	eten-	EDES-(?)
iltu	iltur	iltun	iltu TM (1)
usta-in (?)	ustar-	ustan-	ustal
boto-		BODON-	
ko		kon	
ta TM ti-		ta TM tin	
uni-		unin-	un[i]-
aki-	akir-/aker-		
	bekor- (1)	bekon/bakon	
	iar	ian	

Con posibles variaciones gráficas:

	sekel	-seken	seke-n
lake (!?)	lake TM	laken+e (!?)	
	beta TM -	-betan	
	-iu TM	-iun (1)	

kaltuTM -GALDUN

Mientras que para la clase ‘esara’ tendríamos:

V	r	s/ś	otras
a TM ki/a TM ke	-a TM ker	-a TM kis	
-tiki	tikir-/tiki TM	-tikis	tikirs-
	olor	olo [¶]	
	aba TM	-aba [¶]	
	eka TM -	-eka [¶] /aka [¶] -/-EGES	-ekers
	-kitar-/kita TM	-GITAS (?)	

Con posibles variaciones gráficas

alo- aloTM-/aluTM- alos-

La clase ‘esara’ (o ‘sara’ si consideramos poco significativos los dos finales vocálicos) parecen unificables técnicamente si tenemos en cuenta la tendencia a que [¶] suela eludir el contacto con ‘í’ donde predomina s (Rodríguez Ramos 2003), por lo que pueden plantearse especulativamente dos protoformas *aTMki[¶] y *tiki[¶]¹⁹.

Finalmente, parecen ser meras alternancias no morfológicamente relevantes (ortográficas, dialectales, diagraphales, de fonética sintáctica, etc.) las ampliamente documentadas oscilaciones entre l/r/í y entre s/ś. Es interesante notar que las alternancias en que aparece r en interior de formante suelen ser en posición implosiva ante t y ninguna ante k²⁰. En la alternancia entre sibilantes volvemos a encontrar la relación preferencial de s con i (así ba[¶] pasa a bas ante i y e[¶] alterna con eis).

í	r	l
ba TM ka- (?)		balke / balka
iske TM / -ske TM		skel
	kerta TM	kelta TM
	kerte	kelti
ko TM o / ku TM u	koro	kolo / kolon

to TM o-		tolo /-olor
	ustar-	ustal-
ele TM - (1)	eler-t (1)	
iltur	iltu TM (1)	
e TM ke TM	e TM ker	
kaisu TM	kaisur	
-kita TM (1)	-kitar	
lau TM -	-ke-laur	
o TM tin	ortin (1)	
-sai TM	-sair	
o TM / o TM lu TM	o TM lor / o TM lur	
o TM a TM	o TM lar	
ta TM	tar	
ta TM ban	tarban	
teke TM	teker	
-tike TM	-tiker	
ś	s	
ba TM	bas-(i) (2) -bas (1-2)	
bo TM	bos	
ibe TM	ibeis ibes (1)	
e TM ke TM	eske TM	
ka TM e TM	ka TM es	
-kiba TM	kibas-k	
o TM an- (1)	i-san (1)	
o TM like	sike	
o TM ir (?)	sir (?)	
sur /sur	o TM lor / o TM lur	
ta TM	tas (1)	

se sólo con CERDU-, pero la existencia también de kelti kerte y keltaTM me hacen difícil admitir una variante -un en este paradigma.

²⁴ Éstos en las ánforas de Vieille-Toulouse donde anbi es Αμφι y TMuba sólo admite equiparación con un nombre RVMA de probable origen sirio que se encuentra también en ánforas Lamboglia 2 y Brindisi.

Existen dos alternancias menos claras. La primera es la alternancia de una pérdida de *ś* final ocasional en formantes donde el final con sibilante es abrumadoramente mayoritaria: dos *kule* en vez de *kuleŋ* y un *tiba+* frente a *tibaŋ*. Esta explicación parece extensible a la más igualitaria alternancia entre *laku*, *lakun-*, *-lako* y *lakoŋ* que, de otra manera podrían considerarse dos formantes distintos (aunque resultaría difícil decidir qué *lako* serían de *laku* y cuáles de *lakoŋ*). La segunda es una especie de ‘sigmatismo’ de una vibrante que ocasionalmente aparece seguida por una sibilante. Esto sucede especialmente ante *t* y en inscripciones antiguas (entre el s. IV y la segunda mitad del s. III): *beTM* /-*beTMŋ* (1); *boTM* /-*bors+t*; *ekaTM*- /-*ekers* (que alterna también con *ś*: *-ekaŋ* / *akaŋ*-); *iltiTM* /-*iltiTMs+t*. En principio no incluiría entre éstos a la alternancia *tikirs* / *tikis* / *tikir* / *tikiTM* / *tiki* cuyo “sigmatismo” no es de testimonio excepcional.

Por su parte, otras variaciones son más difíciles de explicar y merecen también explicitarse e incluso revisarse. Posibles formas anómalas de la clase *balkar* pueden ser *CACU* respecto a *kakeTM* y *CERDU* respecto a *kelti* /*kerte* /*keltaTM* /*kerta^{TM21}*; aunque en ambos se trata de adaptaciones latinas tal vez poco fieles (razón por la que suelo desestimar los testimonios de variabilidad que se encuentran sólo en ellas). Más extrañas son las pérdidas vocálicas de *kani* /*kan-kunai* (en la que es posible que no se trate del formante *kani*) y en *sine-* (1) / *-sin* (1) donde el segundo podría ser variante ‘*nara*’ de *sir*; así como las alternancias *koTMa* respecto a *kolo* /*koro* /*koTMo* /*kuTMu*; *tuTMkes* respecto a *-tuTMkin* /*TURCIR*; y de *uTMkaTM*- respecto a *oTMke-* /*uTMke-* /*uTMka-*.

Finalmente una nota sobre algunos problemas irresueltos. En primer lugar tenemos los formantes monosilábicos que suelen tener aparentes variabilidades ‘*sara*’ y ‘*nara*’, pero que, provisionalmente, he preferido considerar formantes distintos: *boTM* / *boŋ*, *taTM* / *taŋ* y *sin* / *sir*. En segundo lugar tenemos la tríada *takeTM* / *tekeTM* / *tikeTM* que probablemente sean un único formante o como mucho dos. Sin embargo las tres variantes están bien documentadas y la variabilidad documentada sólo permite relacionar *takeTM* con *tekeTM* o *tekeTM* con *tikeTM*, pero no *takeTM* con *tikeTM*; por lo que no podría decidirse objetivamente a qué grupo adscribir los *tekeTM*.

5. VARIABILIDAD RELACIONADA CON 'SANDHI' INTERNO

Bajo este apartado presento los datos en los que la alteración se produce por la unión del primer elemento con el segundo o, menos frecuentemente, por el infijo. En este apartado tenemos posibles caídas de fonemas, asimilaciones y haplologías. Puede interpretarse como caída de fonemas la especial frecuencia en que los formantes 'enara' y 'esara' presentan su final sin consonante cuando van en primera posición. Por el contrario, puede considerarse una asimilación fonética regular la pérdida gráfica de l y r de final de primer formante de compuesto ante sonante n o l inicial de segundo (asimilación progresiva: biuTM /biu-l /biu-n; ikoTM /iko-n; sakaTM /saka-l; sekel /seke-n), así como la de n final ante b inicial de segundo (aiun /aiu-b; -betin /beti+b²²). Nasalización regresiva como indican las inscripciones latinas: ADIMELS < *atin-bels.

Cuando contactan dos sibilantes, sólo se escribe una. El resultado es claro cuando ambas son iguales, pero cuando son distintas parece que la asimilación es progresiva dominando la final del primer formante, aunque la documentación al respecto no es completa por lo poco frecuente que es inicio en ʃ. De tal manera, si los formantes segundos son sir y sor (aquí s y no ʃ parece muy probable pero no es definitivo debido a las alternancias) tenemos documentado el que ʃl-s > ʃ en kuleʃir, kuleʃur, beleʃur e ibeʃor, lo que se confirma en beleʃair (beleʃ-sair). No hay casos de s-ʃ, pero sí tenemos una anomalía en kaTMeʃor que teóricamente es kares-sor, que puede ser accidental o esconder algún dato por descubrir, como que en realidad siempre predominase ʃ.

Más complicado es lo que sucede cuando se unen dos vocales. En tal caso puede no suceder nada y respetarse ambas, pero puede también producirse una asimilación. Según los datos, la asimilación suele ser regresiva, predominando el timbre segundo sobre el primero:

²⁵ Otro problema radica en el tipo de ti escrito que en beTMiseti sería con /t/ según el

u-i > i	ait-ike-ltun (?)	tueit-ike-ltun (?) ²³
e-a > a	balk-atin	
i-ai > ai	a TM k-aibe	

En cambio, tenemos algunas asimilaciones progresivas documentadas. En principio, pueden estar relacionadas con el hecho de que el segundo formante empiece con una sílaba cerrada, aunque también podría relacionarse con el acento.

e-il > el	ait-ike-ltun	baise-ltun
o-is > os	ka TM ko-ska TM	(o bien es o-es)
o-il > ol	boto-lti TM	

Por su parte el cambio de timbre de sike por siko en siko-unin puede interpretarse como asimilación regresiva del rasgo más posterior.

Finalmente tenemos las haplologías, en las que al coincidir la sílaba final del primero con la inicial del segundo, tiende a perderse una de las repetidas. Este hecho es opcional como lo demuestra la alternancia del magistrado monetario saguntino balkakaltuTM y balkaltuTM. Además de este caso tenemos: abaTMkis (abaTM-aTMkis), aibeTMon (aibe-beTMon), aibeloTM (aibe-beloTM), aiunin (aiun-unin), nmlbetan (nmlbe-betan) y probablemente aituTMkin (aitu-tuTMkin) y balkarken (balke-karken).

6. CRITERIOS PARA LA IDENTIFICACIÓN DE ANTROPÓNIMOS Y EQUIVALENTES

Untermann (1987: 291) proporciona unas oportunas indicaciones sobre los criterios según los cuales puede considerarse más o menos segura la identificación de un antropónimo. Los distribuye en tres

sistema dual catalán, mientras que en mbaTMseti tiene también forma de /t/ pero geográficamente entraría dentro del sistema "barroco edetano" (Rodríguez Ramos 2000c: 51ss), aunque en otro trozo de este breve plomo el teórico agirtigi sí sugiere un uso dual.

²⁶ Naturalmente no hay problema en descartar un antropónimo cuando se trata de un topónimo conocido, cuando hay un final en -sken o, probablemente, cuando le sigue *l'alir*.

categorías: A antropónimos seguros; B con estructura compatible y razones contextuales a favor (digamos que muy probables); y C sin razones contextuales pero bimembres con dos elementos conocidos.

Para los de la clase A refiere cuatro razones clasificatorias genéricas (además de una quinta de varios específicos): 1) nombres en inscripciones latinas; 2) nombres de magistrados en monedas; 3) inscripción única sobre cerámica o sobre piedra con 3 o 4 sílabas seguida de los morfos típicos de la marca de propiedad (-mi, -ar-mi o -en-mi); y 4) la lista de nombres del plomo de Palamós marcada como equivalentes por ir seguida por batir.

Para esta clase A pueden hacerse algunos matices. Naturalmente los nombres de íberos no son mencionados expresamente sólo en inscripciones latinas, sino también en griegas y en las fuentes históricas (si bien en este último caso son de esperar más deformaciones). A ello se ha añadido también el testimonio de inscripciones celtibéricas, al menos la lista de personas del tercer bronce de Botorrita. El único inconveniente es que los textos no garantizan que el sujeto mencionado sea íbero, por lo que si el testimonio es disonante respecto a lo conocido es menester prudencia. De hecho, esta precaución debe aplicarse a todos los antropónimos ya que incluso en inscripciones íberas se identifican nombres no íberos (galos, celtíberos, latinos y raramente griegos e incluso asiáticos²⁴).

Para los nombres de magistrados el único problema se plantea cuando la ceca es desconocida y cabe lo mismo considerar el término como un magistrado o como un topónimo. Además, a veces hay que distinguirlo de marcas de valor como kuai o etar.

La asociación a la marca de propiedad yo la considero más ampliable: no siempre es necesario el "morfo" -mi; finales en -en / -ar (y variables establecidas) son suficientes. Por otra parte, también hay que tener en cuenta inscripciones algo más extensas (la marca de propiedad ampliada) cuando a la estructura indicada se le añade un segmento de aspecto no onomástico, especialmente cuando se encuentra documentado sobre otros objetos similares (así baikar en recipientes rituales o seltar en estelas). Más problemático es si el tér-

minó es inusitado o si el presunto onomástico es anómalo, en cuyo caso no podría considerarse más que probable. En lo que respecta al soporte, hay que añadir también pequeños objetos y sobre todo los términos que aparecen en plomos en posición destacada y en general aparte del texto y bien visible al enrollarlos; son la marca de destinatario.

Es importante reseñar que Untermann prudentemente señala un mínimo de tres sílabas para reconocer un antropónimo, técnicamente pueden existir bimembres bisilábicos pero esto requiere una especial prudencia como veremos más tarde. En otras ocasiones no es necesaria, puesto que puede tratarse de un unimembre con un formante con claros paralelos onomásticos.

Para su clase B incluye: 1) términos tri o tetrasilábicos que son el contenido único (o sólo sufijado) de inscripciones sobre cerámica; 2) palabras que acompañan al formulario típico sepulcral en monumentos de tal tipo; 3) términos tri o tetrasilábicos acompañados de cifras "a veces" con los sufijos -(i)ka o -e; 4) palabras de "la misma estructura que constituyen la última línea de un texto largo (sobre plomo) dando la sensación de ser la "firma"; 5) la cara A del plomo de Enguera que parece ser una lista de antropónimos; 6) casos particulares.

El punto 1) refiere a que una palabra sobre cerámica suele indicar al propietario por lo que para un término de aspecto onomástico en tal posición es la hipótesis por defecto. A fin de documentar formantes en posición inicial en las ocasiones en que me ha parecido razonablemente seguro he añadido al listado las probables abreviaturas de dos sílabas que "coinciden" con un formante onomástico. Estos casos están abiertos a crítica; si bien es especialmente claro cuando se trata de sellos de fabricante sobre contenedores en los que, por abreviado que esté, apenas cabe otra explicación.

²⁷ Faria adopta de forma acrítica la idea de Silgo de que -e sea un dativo, pese a que la argumentación que Silgo ha presentado al respecto es prácticamente inexistente (Rodríguez Ramos 2002: 129 y 130).

Los restantes puntos nos introducen en el área de los indicios contextuales. En las inscripciones sepulcrales aparece junto a marcas de propiedad, con el objeto seltar (similar a 'stela' o 'monumentum') y con aTMe take y ante (t)eban(en) (equivalente a 'curavit'), apareciendo éste último también en inscripciones monumentales. Pero ha de tenerse en cuenta que cuando la inscripción es más larga los demás segmentos no tienen que ser antropónimos.

Otros argumentos contextuales son más laxos y han de ser matizados siempre por la credibilidad que tenga el segmento como antropónimo.

Una posición contextual clara es la "serie de asociación cuantitativa" es con un nombre sufijado por -(i)ka junto a (preferentemente ante) una serie de barras numerales, usualmente con los "ponderales" a o ki. Junto a -ka otro sufijo que permite sospechar un antropónimo es -te. En ocasiones éste puede aparecer conjuntamente con -en / -ar señalando el remitente y el destinatario de un documento respectivamente (Rodríguez Ramos 2002a: 122s), pero más típica es su utilización como sufijo agente ante verbales como ekiar y eban(en). Con todo, este sufijo parece opcional (y en ocasiones segmentado como prefijo del verbal tekiar, tebanen) y, de forma más matizada, puede considerarse indicio de antropónimo todo segmento asimilable que se encuentre ante ekiar, ebanen y, especialmente con -te, ante iunstir.

También es habitual que se encuentre un antropónimo junto a baites, especialmente tras él. A veces con baites pero también sin él en los plomos se encuentra dentro de un texto más larga una aparente serie de palabras con aspecto claro de onomástico. Éstos parecen ser garantes o testigos de lo que se dice en el documento. En tal caso el mero hecho de estar dentro de una de dichas series indica, por coherencia, la probabilidad de que se trate de un antropónimo, si bien esto admite múltiples matices y sólo es un indicio importante.

Finalmente tenemos la categoría C de Untermann: "palabras que son compuestos de dos componentes que pertenecen cada una al repertorio de los componentes onomásticos definido por los testi-

monios que pertenecen a los grupos A y B de nuestra clasificación, sin que el contexto hable en favor de que se trate de un antropónimo". En este caso no tengo inconveniente alguno en incluirlo en mi índice en tanto que, como ya he indicado, no busco sólo términos que sean antropónimos (dejando al contexto esta valiosa aportación semántica) sino palabras correspondientes a la morfología de los compuestos nominales de los que un subconjunto son los usados para los antropónimos. Por desgracia, incluso este criterio mínimo se incumple con frecuencia al "identificar" antropónimos.

Resta el problema de qué hacer con un término que tiene (o aparenta tener) un formante característico de los antropónimos y otro que no o cuando cabe duda de cómo era transcrito en íbero un formante atestiguado en otra escritura. En esto hay diversos factores a tener en cuenta: ¿es muy característico el formante conocido? no es lo mismo *-tikeTM* o *tiba[¶]* que *-boTM* o *-sir* que aunque sólo fuese por su brevedad pueden tener homomorfos, o que *ban* cuyo uso como no onomástico es bien conocido; ¿aparece el presunto nuevo formante en otras ocasiones en que se pueda sospechar que es un antropónimo?; ¿se puede segmentar con seguridad el término? Cuando he considerado que un formante es de existencia segura o muy probable pero apenas documentado con certeza he solido añadir algunos casos interesantes, aunque siempre con los correspondientes interrogantes indicando su carácter especulativo; pero no he indicado estos casos confusos cuando no aportaban nada a un término bien conocido o, como mucho, bajo la sección de Cfr.

Dos ejemplos. Es plausible que exista un formante *ala[¶]*: el término *ala[¶]buTM* (con variante regular de *boTM*) se encuentra en dos de los plomos de Pech-Maho en posiciones en las que sería fácil admitir un antropónimo. De igual manera encontramos en C.1.6 un inicio con cinco términos de los que cuatro son compuestos de tipo onomástico seguros o muy probables: *nalbesosin* / *lakun uTMala[¶]kaTM* / *aka[¶]tikeTM* *siken*[. Serie a comparar con los formantes *nalbe*, *sosin*, *laku*, *iskeTM* (con variante documentada *-[¶]kaTM*), *-tikeTM* y *sike*; mientras que las variantes de *ekaTM*: *eka[¶]* y *EGES* junto con lo muy característico de *-tikeTM* como segundo formante me llevan a concluir que *aka[¶]*-

es una variante del mismo. Entonces sería muy tentador interpretar $ala\text{ḡ}ka^{\text{TM}}$ como $ala\text{ḡ}$ más $-ḡka^{\text{TM}}$ ($-iske^{\text{TM}}$), e incluso podría especularse con que $ala\text{ḡ}$ fuese una variante de ele^{TM} . Tal vez, pero: técnicamente como segundo formante sólo tenemos ka^{TM} breve fragmento cuyo parecido con variantes de $iske^{\text{TM}}$ puede ser casual y, por otro lado, lo que tenemos es $u^{\text{TM}}ala\text{ḡ}ka^{\text{TM}}$; sin criterio no circular para separar u^{TM} .

Caso diferente lo tenemos en SEDE. En un principio me limité a una única nota indicando que en $\Sigma\epsilon\delta\epsilon\gamma\omega\nu$, aunque para identificar kon se preferiría una velar sorda, la coherencia con el tribónimo 'sedetani' permitía analizarlo como un antropónimo SEDE- kon . Luego un nuevo testimonio permitió hallarle cierta coherencia: el $: mba^{\text{TM}}seti$: de La Balaguera con un término de segmentación segura en el que a un habitual formante onomástico mba^{TM} le sigue un bisílabo que no tiene aspecto de contener sufijo alguno y que, especialmente si tenemos en cuenta la i de la escritura del tribónimo 'sedetani' en íbero ($setei-sken$ no $*sete-sken$), cabe relacionar con SEDE. Como caso de cotejo he añadido $-be^{\text{TM}}iseti-$, pese a señalarlo como problemático porque a su morfología plausible cabe objetar la incerteza de la segmentación, que en otro formante más claro habría merecido como mucho una nota²⁵.

7. EL PROBLEMA DE LOS TOPÓNIMOS

El problema de los topónimos radica en que si bien por un lado hay razones suficientes para su inclusión en un listado de formantes de compuesto de tipo onomástico, por otro presentan una problemática especial que me han hecho preferir no incluirlos, al menos provisionalmente y al menos no unitariamente. Otra cuestión a tener en cuenta es que no siempre puede distinguirse bien entre lo que es un topónimo y lo que un antropónimo, aspecto en el que alguna de mis propuestas puede discutirse.

Como hemos indicado, los compuestos antroponímicos forman parte de un sistema morfológico composicional de la lengua íbera más amplio y que es propiamente el sujeto de la investigación. A este grupo pertenecen, a veces de forma evidente, algunos de los topó-

nimos documentados. Pero aquí es donde surge el primer problema, puesto que, incluso si equiparásemos los topónimos “unimembres” a los antropónimos de igual clase, dado que la toponimia muchas veces es heredada e incluso una probable situación de multilingüismo, resulta incierta en muchas ocasiones la ibericidad de un topónimo. Por lo tanto, la adición de datos toponímicos habría de hacerse con mucha prudencia y con una crítica especialmente intensa.

Además, la no fusión de datos toponímicos a los antropónimos puede tener una ventaja “parcial” inesperada: tanto por distinguir elementos semánticamente no adecuados para antropónimos como por existir la posibilidad de que muestre regularidades estadísticas morfo-fonéticas idiosincrásicas. Esta idea se me ocurre respecto a la posibilidad de que haya “estructuras” morfológicas propias de “inanimados” o de colectivos o plural más propias de topónimos que de antropónimos.

La difícil distinción entre topónimos y antropónimos tiene lugar (a parte de la posibilidad de mención de topónimos en inscripciones normales) en las monedas, donde un nombre aislado puede ser tanto el nombre de la ceca como el del magistrado emisor o incluso, dada la multiplicidad de cecas de las dracmas ibéricas, es posible que en un primer momento no emitiera moneda una ciudad sino un “regulus”. Es precisamente esta multiplicidad inicial junto al hecho de que aparecen compuestos de aspecto onomástico con mucha más frecuencia que en los topónimos reconocidos, la que me induce a pensar que los aparentes antropónimos que aparecen sobre las dracmas ibéricas sean efectivamente antropónimos. Sin embargo, esta opción que he tomado no está exenta de riesgo, especialmente cuando se traslada a monedas posteriores y a monetiformes²⁶.

²⁶ Para ti Faria (1997: 107) dictamina 1) ber-ti, 2) bar-t-ildun, 3) biur-ti-laur, 4) lauR-ti, 5) ti-ekar, 6) ti-elar y 7) wbar-ti. Sólo en 2 y 3 es probable que tengamos onomásticos, pero ambos tienen explicaciones alternativas, no hay ningún motivo para pensar en ellos en 1 y 5 (pues incluso la similitud con eka™ desaparece al ser la -r final es un invento de Faria donde no hay signo alguno) mientras que 6 se basa en aceptar una especulación

Dos casos merecen mención especial. El primero es abariltur considerado por Untermann un topónimo, especialmente por la frecuencia del elemento iltur en los mismos, y como una ceca por los numismatas, pero como antropónimo por Faria y en mi índice. Mis razones para lo segundo es su aspecto impecable de onomástico, el que se desconoce la existencia de tal ciudad y que no es una ceca muy extendida en el tiempo, pero tal vez es una decisión demasiado optimista. En todo caso lo he considerado una decisión plausible en tanto que ambos elementos ya estaban documentados en esas posiciones en antropónimos, por lo que no se produce contaminación de la información en el análisis seguido.

El segundo es arskitar considerado de forma unánime como antropónimo. Aunque yo también lo he incluido en el índice, debo reconocer que me preocupa una posibilidad alternativa, especialmente debido al hecho de que las monedas con este nombre corresponden a diversas emisiones que, en principio, distan varias decenas de años. Dado que, aunque el topónimo sea arse no lo es arskitar, así como que ambos elementos se documentan en antropónimos (kitar como mínimo en BASTU-GITAS) podría pensarse en una especie de rey, pero caben dos alternativas no antropónicas interpretándolo como un compuesto genitival: el kitar de arse. La primera es muy especulativa y por ende improbable: kitar sería un término legal del gobierno, el "magistrado", "autoridad", "senado" o similar de Arse. La segunda tiene algunos argumentos a favor dignos de consideración: dado que existen marcas de valor etar, eterter y kiterter, kitar podría ser una marca de valor (verbal o numeral). Esta cuestión plantearía a su vez dudas sobre otro "antropónimo" kibaskitar (G.1.6) que se encuentra precisamente antes de una serie de barras numerales.

En los topónimos encontramos una minoría interpretable sin problemas como compuestos de tipo onomástico, tales como ILIBERRIS (iltiTM-beTMi), Iliturgis (iltiTM-tuTMkes), ILORCI, ILURCO, ILLUGO / iltuko, aTMketuTMki, baTMkeno (balke- -NO, donde éste puede ser un sufijo como indica Untermann) y los montes Idubeda y Orospeđa. Lo que incluso si añadimos algunos casos aparentemente asimilables más o menos problemáticos como usekerte (por keltaTM/ kelti), baitolo, Tolo-bis, Dertosa, Salduba o casos plausibles como iltiTMta que en ocasio-

nes se encuentra escrito como iltiTMtar (-taTM) y Atanagrum (atan-akir), no pasan de ser una minoría y excesivamente basada en iltiTM e iltur.

Por el contrario, muchos nombres de ciudad son simples, a veces con un “segundo elemento” tan breve que sólo puede ser considerado un sufijo especialmente -e pero también -o) o probable sufijo (-ta, posiblemente -Cl y tal vez -NO que sí se encuentra en onomásticos sólo como segundo elemento). Un análisis de este tipo puede ofrecerse a topónimos con un formante onomástico reconocido: como ars-e, bels-e, laur-o, iltur-o, Ede-ta, Egar-a o lli-cl y tal vez oTMos-e que quizá podría ser variante de oloTM- y relacionarse con los Olositani. Naturalmente, otros casos “unimembres” pueden corresponder también a léxico normal íbero, pero no puede darse por seguro y la variedad que se observa invita a la prudencia.

8. ALGUNAS PROPUESTAS Y ANÁLISIS RECHAZADOS

En algún caso se utiliza un antropónimo seguro como íbero cuando esta filiación es incierta o es claramente no íbero, se llega incluso a incluir nombres no procedentes de la zona íbera, especialmente vascónicos y aquitanos, pero también de cualquier zona de Hispania. Incluso aunque se admita la relación entre el íbero y el aquitano, no deben mezclarse los datos de ésta lengua con el íbero, sobre todo cuando los datos de la onomástica aquitana son contradictorios con los del íbero en aspectos claves, tanto por la presencia de formantes claramente traducibles mediante el vasco que no encuentran paralelo en íbero, como por la diferente combinatoria de formantes aparentemente idénticos a los del íberos.

Dos ejemplos extremos de tal postura los tenemos en tibeTMi y likine abuloTMaune. Naturalmente los segmentos que aquí se encuentran “coinciden” con el resultado previsto para una iberización del latino Tiberius y de los celtíberos likinos y abulu / abulos, pero Faria

sin fundamento de R.A. Santiago sobre un fragmento]ατιελαρ[ya criticada por M^a. P. De Hoz (1997: 42). Finalmente la segmentación es arbitraria en 4 y 7.

²⁹ Esta interpretación lingüística estaba explícitamente indicada en Rodríguez Ra-

(1997, 105s y 110s; 2000, 122ss; 2001, 95; 2002, 121s) sentencia que son los íberos ti-beTMi, li-kine y abu-loTM-aun con un supuesto dativo -e²⁷ haciendo una especie de “lista negra” para supuesto escarnio público con una cuarentena de trabajos de investigadores “equivocados” y “reincidentes” que insisten en dejarle como único defensor de la verdad y empeñados en no citarle. Convendrá, pues, un breve excursus.

Las tres propuestas merecen ser desestimadas desde el punto de vista de que, además de que ninguna de las reconstrucciones íberas se corresponde con datos objetivos, vulneran claramente el elemental principio de la navaja de Occam. El caso aislado de tibeTMi podría explicarse también como nombre íbero salvo porque el formante ti es inexistente²⁸, pero, en todo caso, al poderse explicar perfectamente como nombre latino por su cronología, no podría permitirse su entrada en los listados íberos. El segundo caso es más evidente y es inaceptable que Faria dictamine que es irrelevante que vayan seguidos dos segmentos coincidentes con nombres celtíberos especialmente cuando su “refutación” es que no se puede dividir el segmento abuloTMaune en abulo y TMaune. Refutación inadmisibles no sólo porque es bien sabido que las inscripciones íberas siguen ocasionalmente criterios de segmentación mutuamente contradictorios, sino también por el mismo hecho de la existencia de los compuestos bimembres onomásticos hace previsible la existencia de otros compuestos nominales, lo que es una explicación perfectamente posible al segmento “único”²⁹. Por lo demás, los formantes li³⁰ y de aun³¹ son inexistentes, la existencia de abu sólo posible y la de loTM improbable, además de la cuestión de los compuestos trimembres.

Igualmente es arriesgado o incluso absurdo realizar correcciones indiscriminadas sobre lo que realmente pone el texto de una inscripción a fin de que encaje con un onomástico conocido, especialmente cuando para el segmento en cuestión no haya ningún elemento que indique que se trate de un onomástico.

Así, de un claro βλερυας (nombre de persona según el texto griego, pero no necesariamente íbero) Faria dictamina que es evidentemente *ελερυας, equivaliendo a eleTMba¶ (Faria 2002: 128s; 2001:

99s; 2000: 131; 1994: 69 etc). Pero por más que vuelva a hacer una lista de autores que no admiten la evidencia, ello no pasa de una arriesgada propuesta sobre lo que de hecho dice la inscripción, habiendo interpretaciones ibéricas más sencillas como balaTM-ba[¶], que sólo precisa entenderlo como helenización del nombre y, pese a ello, sólo es una hipótesis.

Menos claro, pero también con una explicación demasiado sencilla no íbera es el caso de iunia que Panosa (2001: 517) relaciona con iun e, inexplicablemente, con aiun. Aunque es raro el final -ia podría intentar explicarse tanto como una abreviatura (p. ej. de iun-i-atin) como en un unimembre iuni-a(r), pero ambas explicaciones resultan extrañas respecto a los paralelos disponibles (la abreviatura parece demasiado larga). Por el contrario, aquí podríamos tener un 'nomen' latino femenino IVNIA; lo que no es seguro, pero es una hipótesis demasiado interesante para no tenerla en cuenta y pone en duda que aquí tengamos un caso de iun.

Más idiosincrásicas son las dos interpretaciones propuestas para un monetiforme que Panosa (2001: 530) lee beTMbaiekinetimi. Proponiendo una interpretación "Berbai (o Berbai(ser)) ha hecho para Neti (o Ne(i)ti(n))". Esta interpretación se basa en que, ante el hecho de que los dos únicos paralelos son el formante onomástico beTM y el morfomi (si bien decide ignorar el posible paralelo con el formante kine), Panosa decide forzar al resto del texto así bai, sin paralelo, aparece como único texto en marcas cerámicas donde puede ser inicio de baiser, lo que a la autora le parece suficiente para proponer que aquí

mos 1999-2000, artículo que está en su serie de los "condenados". En él proponía que se trataba de una iberización de una fórmula onomástica celtibérica completa *likinos abulos launi, "Likino el launi de Abulo".

³⁰ Los "sólidos" paralelos (2000: 124) son una dudosa lectura likor, un inicio de un grafito leitⁱ* y]EIHAR.

³¹ De los dos testimonios aducidos autigi, aun ignorando la incierta autenticidad del plomo, no tiene aun, mientras que en A.4 en vez de auntiki me parece mas probable la interpretación de Caro Baroja y de Soutou (1962) untikia, si bien yo sugeriría untikir, tanto por la aparente relación con untikesken y la ciudad indicada por Esteban de Bizancio 'Ινδικη, como por poder tener un antropónimo unti-tikir con haplogía.

³² Lista que incluye segmentos a los que se atribuye valor onomástico porque sí, nombres aquitanos y vascos así como topónimos meridionales.

también esté abreviado, lo mismo valdría para eki con ekiar y para neti que “no posee paralelos, a no ser que se considere variante de neitin”. No hace falta decir que con tan libérrimas reconstrucciones puede proponerse cualquier cosa.

Posteriormente Faria (2002: 125-128) vuelve sobre el texto identificando un onomástico berbai, repitiendo la arbitraria segmentación y presentando doce supuestos ejemplos del formante bai de los que sólo merece tomarse en consideración baitolo, insuficiente tanto por topónimo como porque además de con tolor puede compararse con olor³²; otro onomástico egine<i>ti<n> en el que la mera propuesta de Panosa le sirve de prueba para añadir dos signos (en abierta incongruencia con su praxis en lo que atañe a las variantes de formantes) y sin apercibirse del posible kine se inventa un formante eki de nuevo con paralelos ficticios³³.

Pero si examinamos la pieza objetivamente surgen dos aspectos. Primero ¿qué tipo de texto podemos esperar de un monetiforme?: uno similar a los de las monedas. Sólo hay dos casos excepcionales que se parezcan algo a los propuestos por Panosa y por Faria. Una marca de autor indicando al magistrado arsbikis-ku ekiar y un iltiTMta ʎalir nai en que, si nai no es una marca de valor, indicaría que es una moneda de iltiTMta; pero una dedicatoria como propone Panosa o dos antropónimos seguidos por mi son inesperados e inusitados.

El segundo es que la lectura propuesta por Panosa es dudosa en

³³ La propia lectura ki de las monedas meridionales que cita es improbable y la de B.1.373 inadmisibile; el propio B.1.373 y D.12.1 no son onomásticos mientras que BERSEGI además de no íbero (Gorrochategui 1995: 211 lo considera galo adaptado al aquitano) es el genitivo de un BERSEGUS no habiendo ningún ki para la equiparación, como debiera ser evidente.

los signos último y antepenúltimo si nos atenemos a la edición de la inscripción. El último es n corregido por Panosa suponiendo un final de marca de propiedad mi poco probable en una moneda. El antepenúltimo es demasiado amplio para ti y puede ser o un símbolo o ta. La lectura sería beTMbaie kinetamn, bastando sólo una mínima corrección al m para tener un final etaban que es una marca de valor bien conocida en monedas ibéricas. Lo normal es que la parte anterior haga referencia a un topónimo más que a un antropónimo.

Un caso especialmente frustrante es el de *IVNTIBELSAR. Aunque vascónico o aquitano y, por ende, no íbero, parecía un caso muy interesante para comparar el íbero iunstir con estas lenguas. Lástima, pese a las indicaciones de Faria (1997: 108) no sólo varía la lectura de los editores, sino que, aparte de la dudosa corrección de la segunda l, la primera es imaginaria, pues la L de la inscripción es evidente (Sáenz y Sáenz 1994). Tampoco el resto de la lectura es clara y a partir de las dos testimoniadas Gorrochategui (1995: 219s) concluye un nombre LV(N)TBEL(S).

9. COMENTARIOS FINALES.

Finalmente un poco de autocrítica. En una última revisión del material he identificado un 'lapsus' en mi índice y dos segmentos dignos de consideración (todos de plomos de Orleyl). El primero es lakunmiltiTM-te (F.9.7) que evidentemente debiera estar en laku y en iltiTM. Los dos proponibles están en F.9.8 donde tenemos el texto baites : abars[-]riu baTMstinstike[-]iu. Suele ser normal que tras baites aparezcan antropónimos así como antropónimos y no antropónimos sufijados por -(i)u. Desde este punto de vista abars*r- podría ser un onomástico con un primer elemento abaTM y otro que sería -sor, -sir o variante de -iskeTM; aunque sería el primer caso de abaTM escrito con r. El siguiente no tiene inicio onomástico, pero observemos su final: tike[-] que invita a interpretarlo como tikeTM, lo que nos conduce a

tomar como hipotético formante $ba^{TM}stin-$ que sería una magnífica explicación para el $ba^{TM}tiltun$ del listado del tercer bronce de Botorrita que quedaría como $ba^{TM}ti(n)-iltun$.

En otro punto he pecado quizá de exceso de optimismo: en el del testimonio de antropónimos de zonas periféricas a lo ibérico. Seguramente el URCHATETEL- de Navarra permite una completa interpretación como nombre íbero y se encuentra cerca de la inscripción ibérica de Andelos, pero tal vez no sea tan evidente el caso de TURCI-RADIN (de Sádaba), puesto que difiere del criterio de Gorrochategui y Velaza en tanto que no considero suficiente un final '-adin' para identificar un nombre como íbero: así ni GESELADI[O]N ni DANNADINN (Gorrochategui 1995: 215 y 223) me convencen. En este caso hay que apoyarse en el formante $tu^{TM}kes$ pero muy especialmente en $aitu^{TM}kin$, lo que, aparte de la disputa sobre la lectura de ki que yo considero segura, no deja de plantear cierta incertidumbre en su segmentación. Sí encuentra un claro indicio a favor en el hecho de que no se conozca ningún caso de $u^{TM}ke$ en posición final.

Podemos concluir que en el estudio de los compuestos de tipo onomástico de la lengua íbera lo que hace falta es más rigor y más crítica, no menos.

APÉNDICE: LISTA DE FORMANTES.

Añado la lista de formantes identificados según el "Índice crítico":

aba^{TM} , $aibe$, $ailur$, $aitu$, $aiun$, $akir$, alo^{TM} , an , $a^{TM}bi$, $a^{TM}ki$, $a^{TM}s$, ASAI, ASTER, ata , $atin$, AUNIN, au^{TM} , $baiser$, $balar$, $balke$, ban , $banto^{TM}$, $barta\aleph$, $basto$, $ba\aleph$, $bekon$, $balau^{TM}$, $bele\aleph$, $belo^{TM}$, $bene$, $berton$, be^{TM} , $be^{TM}on$, $betan$,

betin, bikir, bilos, bin, bitu, biuTM, bolai, bone[¶], boTM, boto, boutin, bo[¶], ekaTM/ekers, eleTM, en, eTMter, eter, ETON, ian, ibe[¶], ike, ikoTM, iltiTM, iltur, inti, iskeTM, iunstir, iuTM, kaisur, kakeTM/CACU, kaluTM, kani, karka, kaTMes, kaTMko, katu, kelti/kertaTM, keTMe, kiba[¶], kine, kitar, kon, koTMo, kule[¶], lakeTM, laku, lauTM, leis, LUSPAN, nalbe, neitin, neTMse, NES, nios, ni[¶], NO, nmkei, olor/olo[¶], oTMtin, oto, saiTM, sakaTM, SAGIN, saltu, sekel, selki, sike, silir, sir, sor, sosin, suise, ¶alai, ¶lar, ¶litu, takeTM, talsku, TANNEG, tane[¶], taTM, taTMban, tasbar, ta[¶], ta[¶]ka, tautin, tekeTM, tetel, tembaTM, tiba[¶], tikan, tikeTM, tikirs, tilauTM, tileis, to, tolor, torsin, torton, tuitu, tuTMkes, tuTM¶ ulti, unin, uTMke, ustan, mbaTM

dudosos én mayor o menor grado: ain/aiTM, anaTM, atun, AUSTIN, bete[¶], biltis, bios, itor, nabaTM, san, seTMtun, SEDE, SOCEDE, sorse, tan, taTMkun, UISER,

BIBLIOGRAFÍA:

CASARIEGO, A.; CORES, C.; PLIEGO, F. (1987): Catálogo de plomos monetiformes de la Hispania antigua, Madrid.

FARIA, A. M. DE (1990-91): "Antropónimos em inscrições hispânicas meridionais" *Portvgalia XI-XII*, 73-78.

FARIA, A. M. DE (1991): reseña a "Jürgen UNTERMANN, Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band III. Die iberischen Inschriften aus Spanien", *Conimbriga* 30, 163-197.

FARIA, A. M. DE (1994): "Subsídios para o estudo da antroponímia ibérica" *Vipasca* 3, 65-71.

FARIA, A. M. DE (1997): "Apontamentos sobre onomástica paleo-hispânica" *Vipasca* 6, 105-114.

FARIA, A. M. DE (1998): reseña a "Javier VELAZ FRÍAS, Epigrafía y lengua ibéricas" *Conimbriga* 37, 267-310.

FARIA, A. M. DE (1999): "Novas notas de onomástica hispânica pré-romana" *Revista Portuguesa de Arqueologia* 2/1, 153-161.

FARIA, A. M. DE (2000): "Onomástica paleo-hispânica: revisão de algumas leituras e interpretações" *Revista Portuguesa de Arqueologia* 3/1, 121-151.

FARIA, A. M. DE (2001): "Crónica de onomástica paleo-hispânica (2)" *Revista Portuguesa de Arqueologia* 4/1, 95-107.

FARIA, A. M. DE (2002): "Crónica de onomástica paleo-hispánica (3)" *Revista Portuguesa de Arqueologia* 5/1, 121-146.

GORROCHATEGUI, J. (1995): "Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas" *Veleia* 12, 181-234.

DE HOZ, M^a. P. (1997): "Epigrafía griega en Hispania" *Epigraphica* 59, 29-96.

PANOSA, M^a. I. (2001): "Novedades de epigrafía ibérica en Cataluña y algunos aspectos metodológicos" en VILLAR, F. y FERNÁNDEZ, M^a. P. (eds) *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, 511-540.

PÉREZ OROZCO, S. (1993): "Notas sobre onomástica ibérica" *Fontes Linguae Vasconum* 62, 61-67.

QUINTANILLA, (1998): *Estudios de fonología ibérica*, Vitoria.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (1999-2000): "Botorrita 'launi' - Andelos 'raune': una propuesta de unificación" *Kalathos* 18-19, 345-357.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2000a): "Vocales y consonantes nasales en la lengua íbera" *Faventia* 22/2, 25-37.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2000b): "Aproximación fonético-estadística a los compuestos nominales de la lengua íbera" *QPAC* 21, 259-270.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2000c): "Nuevas observaciones de crono-paleografía ibérica levantina" *Archivo Español de Arqueología* 73, 43-57.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2001): "Aspectos de la morfología de los formantes segundos de los compuestos de tipo onomástico en la lengua íbera" *Faventia* 23/1, 7-19.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2002a): "Acerca de los afijos adnominales de la lengua íbera" *Faventia* 24/1, 113-132.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2002b): "La inscripción sobre escultura de Cerro de los Santos G.14.1 y los problemas de homomorfía en la escritura íbera meridional" *Habis* 33, 231-239.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2002c): "Índice crítico de los formantes de compuesto de tipo onomástico en la lengua íbera" *Cypsela* 14.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (2003): "Sobre los fonemas sibilantes de la lengua íbera" *Habis* 34.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (en prensa 1): "Sobre los fonemas vibrantes y afines de la lengua íbera".

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (en prensa 2): "Revisión de algunas lecturas de las inscripciones íberas levantinas no monetales publicadas en los Monumenta Linguarum Hispanica-

rum”.

RODRÍGUEZ RAMOS, J. (en prensa 3): “¿Existe el doble sufijo de “genitivo” -ar-en en la lengua íbera?”.

SÁENZ DE BURUAGA, A. y SÁENZ DE URTURI, P. (1994): “La epigrafía romana de San Román de San Millán (Álava)” *Veleia* 11, 49-82.

SOUTOU, A. (1962): “Deux monnaies volques à legende en caractères ibériques: Untikia et Kerekontona” *Rivista di Studi Liguri* XXVIII, 251-265.

UNTERMANN, J. (1987): “Repertorio antroponímico ibérico”, *APL* 17, 289-318.

UNTERMANN, J. (1990): *Monumenta Linguarum Hispanicarum Bd.III: Die iberischen Inschriften aus Spanien* (2 vols.), Wiesbaden.

UNTERMANN, J. (1998): “La onomástica ibérica”, *Iberia* 1, 73-85.

VELAZA, J. (1996): *Epigrafía y lengua ibéricas*, ‘Cuadernos de Historia’, Madrid.